da de luz. Recorriendo como una águila alborozada en medio de los vientos, el inmenso círculo que limitan atrevidas lomas, frondosas arboledas, veríais como esparcidos cestos de verdura, á la orilla y en medio de las ondas, ya los pueblecillos de Mexicalcingo, como apoyándose á la falda de Ixtapalapa gentil; Chalco sombrío á la orilla de su lago de plata; Tlalpam descollando entre los bosques que forman sus huertas al pié de las cumbres de Ajusco; festivos señalándose entre los árboles de la llanura, San Angel, Miscoac, Coyoacan, San Juanico; mas al Occidente, romancesco y austero Chapultepec, circundado de las lomas de Tacubaya y Santa Fe; al Occidente la poética iglesia de los Remedios, aislada y sublime: á su pié, entre las sementeras y las huertas, los molinos, las haciendas, los innumerables pueblos comprendidos entre Atzcapozalco y Tacuba, hasta tocar como encadenados por las calzadas y los acueductos, en la capital, en nuestra México, la de los palacios, la gentil, la galana, que desplegaba su beldad entre las ondas, como la Vénus sensual de los griegos. Nuestra México, nuestra patria; ¡vírgen que dormia en su casto lecho de flores, sin que el brazo impuro del invasor la hubiera ceñido como á una ramera, y celebrado su deshonra como un triunfo!!!

Al Norte, entre la cordillera de cerros del Tepeyac, el Santuario de Guadalupe: al Nordeste, pequeño, perdiéndose en la bruma del lago, hermoso como el cisne de la fábula, cándido y lejano como una de nuestras ilusiones de la niñez, se veia á Texcoco; y al frente, esto es, al Oriente, con su pompa espléndida, con sus coronas de nubes eternas, perdiéndose en los cielos, el Popocatepetl y el Ixtacihuatl decoraban el cuadro magnífico que dejamos á la vista del espectador, casi corridos de haberlo tan torpemente diseñado con pincel grosero.

Allí, en el centro de aquella escena, la Guardia Nacional, esto es, valiéndonos de una espresion de Saavedra, la rosa de oro y el cipres de plata de la poblacion de México, rodeaba al general Santa-Anna, que dirigiéndose al batallon Victoria en la cumbre del cerro, evocando recuerdos sublimes de otra edad, y al caudillo de la independencia que dió su nombre al batallon, señaló en el Tepeapulco el pabellon nacional, recientemente colocado allí, que tendia su ala al impulso del aura blanda que lo mecia.

El campamento tiene el aire de un festin: en la parte superior del

cerro, en la loma de *Morelos*, han formado los vendedores calles, donde se encontraban las viandas y los licores, las frutas y todo cuanto puede halagar al apetito y al lujo. No dejaban por esto su vida ruda los soldados: aquel punto estaba al mando del general Rincon, que vigilaba, como un viejo granadero de Napoleon, por la exactitud del servicio. El general Martinez tambien rondaba sin descanso: el entusiasta coronel Jorrin sujetaba á ejercicios constantes á sus subordinados. El batallon de Hidalgo, que desde ántes ocupaba el Moctezuma, habia pedido por medio de su gefe un punto avanzado y resgoso, dividiendo como los demas cuerpos, su fuerza en la noche para guarecerlo, y para la gran guardia á que todos contribuian.

En la parte inferior del cerro se ofrecian momento á momento escenas interesantísimas. Ya se presenta el general Herrera, con sus canas venerables, á ofrecer sus servicios á la patria en el altar de la concordia. El general en gefe lo recibe benévolo; no hay partidos, solo hay mexicanos dispuestos á sacrificarse por la patria. Varios diputados se alistan, y dividen con los ayudantes las fatigas.

Todo esto pasaba en los dias 11, 12 y los subsecuentes: todo era ternura, todo confraternidad y patriotismo.

La presencia de lo mas selecto de nuestra sociedad popularizándose, por decirlo así, en el campo militar, exigia cierto buen tono: daba no sé que aspecto de sarao y de fiesta al peligro mismo, y engalanaba la muerte con las ilusiones que en la edad media, cuando los aguerridos paladines peleaban en los torneos en presencia de la hermosura, esperando de su mano el lauro querido del vencimiento.

En los primeros dias fué nombrado el general Herrera segundo en gefe del ejército; y esto, que suponia en el general Santa-Anna el olvido de recuerdos funestos de partido, estrechó la confianza. Tambien fué nombrado el Sr. Tornel cuartel maestre, quien, en la órden del dia, bautizó con títulos pomposos las fortificaciones, dictando otras providencias que entónces (tal era el espíritu dominante) no se comentaron de un modo desfavorable.

Se sentia esa confianza que asegura el vencimiento; esa fe indescribible y no razonada, precursora de la victoria, y este sentimiento cundia en todas las clases, haciendo naturales y debidos los sufrimientos.

Un dia, tratando el general Santa-Anna de que se despejase el frente del campo, mandó arrasar el pueblecito de Santa Marta, que está entre una arboleda, á la orilla del camino al Oriente del Peñon. En instantes se verificó la demolicion, y los naturales de aquel pueblo pasaron á la vista de todos, sin murmurar, y conformes con la cruel providencia, con los miserables restos de sus fortunas, despues de la pérdida de sus hogares.

Así trascurrian aquellas felices horas; así el solo aspecto de aquel lugar infundia brio en los corazones: así la congregacion del poder, de la mas ingenua representacion social, de todos los estímulos de la ternura y del orgullo, ofrecian un cuadro singular, lleno de animacion y de grandeza.

El dia 12 se distinguió una espesa polvareda, y resonó el toque de *enemigo al frente*. Las cornetas todas respondieron á este toque alarmante: los cuerpos, que momento á momento tenian altas, al estremo de resignarse muchos á seguirlos sin armas, para servirse de los que cayeran muertos ó heridos, se formaron en batalla: hay un instante solemne, precedido de aquella agitacion de los que ingresan á sus filas, de las carreras de ayudantes, de la ordenacion de todo para la lucha. Brillaba en nuestros soldados el contento; se percibia su impaciencia, como la del corcel inquieto por partir, al que sujeta un freno tenaz. Aquel amago fué insignificante: en lo sucesivo se presentaron los enemigos; se practicaron nuestros reconocimientos, algunos; hechos en persona por el general Santa-Anna, que aunque militarmente hablando, no debia practicarlos, en la opinion su arrojo le grangeaba voluntades, y él volvia al campo entre los vivas de la multitud.

La ostentacion del valor, de cierta caballerosidad noble y digna, elevaba el ánimo, y comunicaba interes á las acciones mas insignificantes.

Así es que un dia que D. Juan Cervantes quiso ir á provocar á los americanos, solo y sin mas armas que su reata y su ardimiento, fué hasta una distancia temeraria, volviendo entre los aplausos, y granjéandose el aprecio público.

La celebracion de la misa en la cumbre del cerro, el domingo 15, cobró tambien esa pompa silenciosa y magnífica de tales actos en un campamento.

Ya hemos descrito la vista espléndida del cerro: allí, en la loma de *Morelos*, se levantó el altar. Vistiéronlo los paramentos de oro y de tizú. La Guardia Nacional asistia al sacrificio; los vendedores habian enmudecido: el docel del altar era el cielo diáfano; la lámpara de aquel vasto templo, nuestro Sol sublime. Reverberaban nuestras armas; el ligero viento desordenaba apenas los perfumados cabellos de nuestra tropa; acariciaba muellemente nuestro pabellon tricolor, el pabellon de Iguala.

Elévase la hostia sacrosanta; percíbese el murmurio fervoroso del soldado que cree, y al Dios Santo, al Dios de los ejércitos, se rinde el mezquino instrumento de muerte del hombre, y entona el parche bélico esa marcha pausada y solemne con que el soldado saluda al Dios de los cristianos. En ese instante aparece el enemigo al frente: la generala se mezcla á la marcha, y ni una voz, ni un movimiento, interrumpe el acto religioso!!!

Ya hemos dicho que estas escenas son de un interes histórico muy secundario; pero ya hemos pedido tambien que se nos disculpe, porque todos los hombres y todos los pueblos han consagrado á sus dias de ventura una memoria, y nosotros, entre las ruinas de lo que fuimos, exhumamos estos dias, y los tratamos de perpetuar, para que no los borren nuestras miserias, para que los guardemos ¡oh dolor! en nuestra memoria, como los griegos despues de su espantosa degradacion, salvaron las tumbas de sus héroes y los versos de su Homero!!

Así trascurrieron aquellas felices horas: los testimonios de afecto universal eran constantes; los obsequios del ayuntamiento, comunidades religiosas y de varios particulares, se hicieron notables; y mimados por el afecto público, acreditados con anterioridad por la ternura de familia, para todos los jóvenes de honor no habia vacilacion: era necesario un laurel, ó para dejarlo sobre la tumba, ó para llevarlo orgulloso sobre las sienes!!

Los movimientos del enemigo no dejaron duda en los dias 16 y 17 de que pretendia cambiar de rumbo, y que habian tomado gran parte de sus fuerzas el del Sud–Oeste. Seria una ridícula supersticion; pero este movimiento del enemigo, esta frustracion del combate en aquel lugar en que se habia arraigado la confianza, y que juzgó la mente inaccesible, produjo un efecto en estremo desfavorable. El

dia 17 en la noche se dió órden para que la brigada del Sr. Anaya saliera á la madrugada del dia siguiente. Al anuncio, comenzó á dispersarse la concurrencia; separóse el general Santa–Anna, y habia cierta humillacion, cierto desencanto en volver á la ciudad sin haber combatido. El Peñon quedó guarnecido por las fuerzas de la brigada del general Leon, y el general Herrera de gefe del punto.

La vuelta á la ciudad el dia 18 tenia no sé qué de lúgubre: multitud de familias habian emigrado; las puertas y balcones estaban cerrados: se oia el eco de los pasos de las tropas á gran distancia. La sola vista de la ciudad desierta, inspiraba disgusto y pavor. Era como el semblante de una beldad sin movimiento, y con los huesos del cráneo en donde brillaron los hermosos ojos.

Iba á la cabeza de la brigada su gefe el Sr. Anaya, quien mandó que descansase en Palacio por corto tiempo, para que continuase en seguida la marcha.

En momentos, las familias de los individuos de la Guardia se agolparon á las puertas de Palacio, y penetraron al interior....Ya es la matrona que hace crujir en el pavimento la seda de su trage, ya el anciano padre de familia, con sus ojos llenos de lágrimas, ya la esposa tierna con los hijos de su amor, la beldad vulgariza la seda, las joyas, los atavíos de lujo: el dolor nivela todas las clases, y se multiplican cuadros que no se pueden contemplar sino al traves del llanto.

En un punto se ve al apuesto jóven arrodillado, encendido y trémulo de conmocion, recibiendo con la frente humilde la bendicion de una madre querida. En aquel lugar, al pié de una de las columnas del patio, una señora, con el pelo descompuesto, la mirada descarriada, enlazada á su esposo, le presenta á sus hijos que juegan distraidos, curiosos, riendo con la fornitura estraña del autor de sus dias.

Y los parientes, y los deudos, y los conocidos, llaman en voz alta á los suyos, como si algo de la existencia de ellos fuese á esponerse, como si todos codiciaran las últimas miradas, las espresiones últimas de los que iban tal vez á perecer!!

El redoble de llamada irritó mas vivamente estos afectos: el hermano se arranca de los brazos del hermano; la esposa sigue en la formacion y marcha al lado de su consorte; la madre solloza y vigila, encarga y ruega porque amparen á su hijo; la amante ruborosa, ahogan-

do su emocion, fingiendo tranquilidad, sonrie, pero la traiciona el llanto que baña sus mejillas.... De nuevo el parche cruel interrumpe estas escenas: marcha la Guardia, y entónces las familias, en el colmo del tormento, sin ver nada, sin atender á nada, en tropel, corren por las calles al lado de la tropa; y los nombres de madre, hermano, amigo, las bendiciones y las súplicas se confunden con el sordo ruido de los pasos y el sonido monótono de las bandas militares.

¿Por qué tan repentinamente ha cambiado el aspecto de México? ¿Por qué espera la ciudad hermosa, como en la tribulacion, los dias que van á transcurrir? ¿Por qué se hace sensible un pensamiento sombrío que hiela de oculto espanto los corazones?

México queda silenciosa como una gran casa murtuoria. Las desgraciadas familias que han contribuido con todos los tesoros de su corazon al gran sacrificio de la patria, vuelven á bañar con sus lágrimas las hilas y los vendages con que contribuian para los hospitales de sangre, pensando dolorosamento en un padre, en un esposo, en un amante!!

La brigada del Sr. Anaya se situó en Churubusco. El siguiente dia, esto es, el 19, se mandó á los batallones Victoria é Hidalgo que avanzasen á San Antonio, como punto, segun el general en gefe, mas próximamente amenazado.

CAPITULO XVI.

EL EJERCITO DEL NORTE.

Su marcha á México—su permanencia en Guadalupe Hidalgo—su tránsito para San Angel.

Sabido es que despues de nuestra famosa, aunque lamentable retirada de la Angostura, nuestro ejército se dividió en dos secciones, de las cuales una se dirigió á Cerro-Gordo, y la otra permaneció en San Luis Potosí á las órdenes del general Mora y Villamil, quien pocos meses despues, en Junio de 1847, entregó el mando al general de division D. Gabriel Valencia.

Los acontecimientos desgraciados de Cerro-Gordo, y la plena confianza que se tenia de que el general Taylor estaba imposibilitado para proseguir su marcha al interior de nuestra República, decidieron al gobierno á ordenar que el resto de la division del Norte marchase á la capital de México, que iba á ser próximamente invadida por las tropas americanas del mando del general Scott, posesionadas ya de la hermosa ciudad de Puebla.

En los dias 9, 10 y 11 de Julio, aquel sufrido ejército, que entónces constaba de poco mas de cuatro mil hombres, salió de la ciudad de San Luis, á donde si bien habia descansado de las penosas fatigas